

de Beorlegui, una resulta especialmente reveladora como clave de lectura de su última propuesta: el lugar del intelecto.

En *Sobre Verdad y Mentira en sentido extramoral* Nietzsche nos invitaba a imaginar un apartado rincón del universo en el que unos animales astutos inventaron *el conocer*. Con su fabuloso estilo describe ese instante creativo como el más «altanero y falaz» de la historia universal. Afortunadamente tras un par de respiraciones del universo, el astro donde vivían entumeció y los animales astutos perecieron. Y con ellos *su* inteligencia. Trasladada la metáfora a la valoración cósmica del intelecto, la conclusión nietzscheana es coherente y contundentemente nihilista: si el humano desaparece, la inteligencia, esa supuesta meta evolutiva del ser que le confiere estatus especial sobre el resto de los entes, no tiene sentido; antes de la humanidad hubo eternidades en las que no existió, cuando la humanidad deje de existir, el universo, cuya extensión y cuya historia trascienden exponencialmente el limitado marco humano, ni se habrá percatado. La inteligencia sólo sirve a su creador; y el orgullo con el que el humano hace girar su especificidad en torno a su facultad de conocer y la prepotencia con la que, en torno a ella, hace girar la totalidad de lo real, la compartiría un simple mosquito, que también se sentiría y se reclamaría como centro volante de cuanto hay si hubiera sido dotado del soplo de la conciencia.

Contra este dibujo nihilista la humanidad ha abrazado diferentes *versiones* de sentido que han tenido que vérselas con sus correspondientes *perversiones*: las mejores versiones de la experiencia religiosa se ven obligadas a convivir con sus perversiones fundamentalistas; las versiones más elevadas del romanticismo han tenido que convivir con un emotivismo radical que sigue amenazando con reducir nuestra sensibilidad a un número de visitas o de *likes*. Frente a estas tendencias la vida y la obra de Carlos parece reflejarse bien en lo que el término religión nos insinúa etimológicamente: reunir, relacionar, religar, sin reducir de manera forzosa la diversidad y mucho menos negarla. Desde esta clave

puede leerse su última propuesta: parece como si en *Humanos: entre lo pre-humano y lo pos – o transhumano*, Beorlegui detectara nuevos ídolos que pretenden usurpar en exclusiva, a la hora de definir lo humano, los grandes predicados que la filosofía clásica atribuía a la divinidad. Se podrían citar varios de estos ídolos. Atiendo, por espacio y precisión, sólo a uno de los que me parecen más *apocalípticos*, de los más *reveladores*: a Inteligencia Artificial.

*Omniscientes, omniabarcantes y omnipresentes*, los sistemas de Inteligencia Artificial manejan un conocimiento enciclopédico mayor que cualquier individuo o colectivo humano; esto, sumado a su capacidad omnipresente de respuesta, es decir inmediata y global, quizá pueda tentarnos a desear hincar la rodilla ante ellos, concluyendo que no sólo pueden pensar y responder mejor, más rápido y en todas partes... sino que además, tal vez puedan y deban decidir mejor que nosotros, por nosotros... o incluso sobre nosotros. La ciencia ficción ha imaginado muchas veces, y no por casualidad, escenarios distópicos de este tipo. ¡Pobres animales astutos que una vez estuvimos orgullosos de nuestro intelecto sobre el resto de las criaturas! ¿Nos toca fenecer... ahora... ya...?

Este libro, entre muchas otras cosas, ayuda a pensar esta cuestión en el amplio campo de la antropología (no sólo) pero fundamentalmente filosófica: si la Inteligencia (compleja, múltiple,...) es nuestra bandera, si el intelecto es aquello que definía nuestra especificidad en el conjunto del universo pre-humano, ¿debemos ahora arrodillarnos, consecuentemente, ante esta Inteligencia trans o posthumana que, al parecer, nos supera o nos superará? ¿Puede seguir siendo esta inteligencia nuestro distintivo? Y si no... ¿qué somos...*aún... todavía...ya?* – JONATAN CARO REY

LÓPEZ DE LIZAGA, J. L., *Habermas*, RBA, Barcelona, 2016, 157 págs.

Pocos autores han analizado tan profundamente las sociedades contemporáneas occidentales como Jürgen Habermas, un filósofo que en cierto modo es ya un clásico

vivo. En conjunto, la obra de este alemán nacido en 1929 constituye quizás el más original, formidable y coherente esfuerzo de elaboración de una filosofía a la altura del espíritu postmetafísico que caracteriza nuestro tiempo. Quizás por eso mismo, sus textos son de una notable complejidad teórica y conceptual, de modo que no resultan directamente legibles para quien no esté bien equipado de un bagaje intelectual específico. José Luis López de Lizaga, con claridad que sólo está al alcance de quien conoce en profundidad a un autor, logra aportar las claves para hacer accesibles esos textos y además en un volumen de una longitud reducida, cuyo propósito marcadamente divulgativo no está en absoluto reñido con el rigor.

El lector tiene ante sus ojos una introducción general al pensamiento de Habermas, un autor de una producción enormemente prolija —casi inabarcable para un lector medio— que arrancó su andadura en la década de los años cincuenta del siglo pasado y que aún en la presente década ha seguido dando frutos de una asombrosa lucidez. Lejos de perseguir una presentación exhaustiva del pensamiento habermasiano, López de Lizaga, con buen tino, presta especial atención a su filosofía práctica. Sin dejar de ofrecer las líneas básicas de la filosofía más teórica del pensador germano y, en particular, de su teoría del lenguaje, y tras analizar los fundamentos de su teoría social, pasa a explorar sus aplicaciones más concretas: desde la ética discursiva a la política deliberativa pasando por la teoría discursiva del derecho. Facilita de este modo que el lector principiante pueda penetrar en la obra de Habermas y extraiga de ella una narración consistente de su decidida apuesta por el debate público como base de una sociedad libre. Una apuesta cuyo correlato político contemporáneo no es otro que la democracia. Es muy probable que el logro práctico más significativo de Habermas haya sido ayudar a la izquierda a rescatar un aprecio por el valor institucional y normativo del orden constitucional democrático.

La opción por la filosofía práctica de Habermas encuentra su expresión en la estructura de este escrito introductorio. Los cinco capítulos en los que se articula este

volumen registran con fidelidad las distintas fases de elaboración de la obra habermasiana, poniendo el énfasis en su labor de comprensión epocal. En los sucesivos capítulos desfilan ordenadamente la apuesta inicial que desde la filosofía Habermas realiza por la teoría de la sociedad (cap. 1), la formulación de las bases metodológicas de una ciencia social crítica (cap. 2), que le permitió posteriormente desarrollar una compleja teoría de la sociedad contemporánea nucleada en torno a la noción de acción comunicativa (cap. 3). A partir de ahí, López de Lizaga expone con diligencia el programa de fundamentación de una ética discursiva y la concepción deliberativa de la democracia (cap. 4). Finalmente presenta las reflexiones habermasianas sobre la identidad postnacional y el patriotismo constitucional, así como sobre la articulación de la esfera política global y el papel de la religión en la sociedad contemporánea (cap. 5).

A diferencia de otros escritos sobre Habermas, que se reducen a adoptar simplemente el vocabulario técnico por él acuñado, este estudio introductorio lo explica y lo sitúa en su preciso marco intelectual. Ese afán, presente en todas sus páginas, se torna aún más nítido en el glosario de términos técnicos que se incluye a final de volumen con el objeto de familiarizar aún más al lector con el exigente pensamiento de Habermas. Y este mismo objetivo cumplen también los gráficos y esquemas que acompañan al libro.

López de Lizaga no pierde nunca de vista que la obra de Habermas no es solo filosófica, sino que se adentra en el pensamiento interdisciplinar; en la mejor tradición de la Teoría Crítica, también conocida como Escuela de Fráncfort, la corriente intelectual que con mayor radicalidad y constancia ha vinculado la reflexión filosófica con las ciencias sociales. En el caso de Habermas, este sesgo interdisciplinar se ve complementado con un decidido empeño por aplicar sus propias ideas, algunas de ellas sumamente estilizadas, a situaciones sociales y políticas reales y actuales. La apretada síntesis, objeto de esta reseña, da suficiente cuenta de la multiforme fecundidad del pensamiento habermasiano. — JUAN CARLOS VELASCO